

## II. [[INTRODUCCIÓN A LA TAUROMAQUIA]]<sup>1</sup>



anto se ha escrito en inglés recientemente sobre el toreo que he dudado mucho antes de embarcarme en el asunto. Sin embargo, los toros son tan importantes en la imaginería de Andalucía que no puedo por menos que intentar explicar algo sobre la naturaleza de la *fiesta* y de las pasiones que despierta.

Quede claro desde el primer momento que es algo que no tiene equivalente en ninguna otra cultura contemporánea ni en Europa, ni en el resto del mundo, y su singularidad ha bastado para que muchos autores occidentales lleguen a la conclusión de que debe tener *un origen africano* (Fig. n.º II.1); pero es simplemente por falta de imagi-

<sup>1</sup> Nota del Editor: El texto mecanografiado está escrito en inglés sobre un antiguo papel traslúcido de copia a carboncillo bastante fatigado y paginado con los guarismos 25 a 52 correlativos. Ha sido cuidadosamente traducido por la Lcda. Isabel Borrero Beca. Por el *Epistolario* cursado entre Julian Pitt-Rivers y Julio Caro Baroja, que su viuda, Françoise Geoffroy, tuvo la gentileza de mostrarme, pude constatar hasta qué punto, a nuestro ya para siempre ausente investigador, le interesaban los toros. En numerosas cartas (que pronto serán dadas a la luz por el Prof. Honorio Velasco, catedrático de Antropología de la Universidad Nacional de Educación a Distancia pude leer que se refería a un libro introductorio a la Tauromaquia que estaría redactando, y en otras tantas, de respuesta de Caro Baroja, supe hasta qué punto el antropólogo vasco le animaba a tan sugestiva empresa. Fui, en marzo de 2002, con el investigador francés Dominique Fournier y Françoise Pitt-Rivers al Chateau de Roc (Fons, Figeac) donde, en los últimos años, el autor más trabajaba, para buscar, en su Archivo antes de

nación que se atribuye inmediatamente a los moros cualquier cosa que resulta extraña en España a los ojos del visitante, diferente de su país, como si los españoles nunca hubieran sido nada por sí mismos. De ahí esa estúpida teoría, atribuida a Gauthier y repetida desde entonces por todos los turistas franceses, de que África empieza en los Pirineos. Según esto igualmente podría decir un africano que Europa comienza en el Atlas, o un magrebí que Francia empieza en Gibraltar y Alemania en St. Jean de Luz. (Se supone que los británicos, en el apogeo de su vanidad, llegaron a creer que a partir de Calais todos eran negros, pero los tiempos modernos han castigado nuestra vanidad suficientemente y empezamos a escapar de nuestro egocentrismo nacional aunque demasiado tarde para que le importe a nadie excepto a nosotros mismos).

Está bien claro que el toreo debe considerarse algo festivo, como lo llaman los que lo practican, una *fiesta de toros* o una *fiesta brava* y no debe ser clasificado como deporte, ballet, representación teatral o competición. Recuerdo en Algeciras, en unas de las mejores corridas a las que he asistido, mientras Antonio Ordóñez deleitaba al resto del público

---

que lo empaquetásemos y llevásemos a París, el rastro de ese hipotético libro del que sólo Caro Baroja había tenido noticia. Entre los papeles hallamos este texto, rotulado como *Capítulo III*, que tienen los lectores entre sus manos y que no siendo de su tesis *-The People of the Sierra-* sospechamos que pueda ser de la mencionada *Introducción a la Tauromaquia*. Aunque buena parte de este Capítulo se refiere a elementos muy generales, que seguramente no le merecían al desaparecido investigador el interés suficiente para publicarlos, he decidido darlo a la estampa porque si de una parte nos trae una imagen entrañable de su juventud, de otra porque entre sus líneas sembró las ideas llamadas a ser, posteriormente, desarrolladas. El título *[[Introducción a la Tauromaquia]]*, está entre dobles corchetes porque pertenece al Editor.



Fig. n.º II.1.— Plaza de Toros de las Ventas (Madrid). (G. Díaz-Y. Recasens: *Plazas de Toros*, Sevilla, Junta de Andalucía, 1992, pág. 328). Es paradójico, pero la plaza que se considera la más importante del mundo está diseñada bajo el síndrome africano que tan oportunamente criticó el Prof. Pitt-Rivers.

con el capote más elegante de España, un pomposo oficial de la Marina británica se pasó la tarde repitiendo tristemente: «¡Embiste, toro!», era como pedirle a alguien que está bailando un tango que empuje a su pareja fuera de la pista.

Pero permítanme examinar esta fiesta; se organiza como una celebración, normalmente en honor de un santo patrón, San Isidro en Madrid, San Fermín en Pamplona, o en una festividad laica como la Feria en Sevilla. Los reyes de España solían organizar corridas para agasajar a los huéspedes distinguidos, y a este aspecto sí encajaría con el concepto de la hospitalidad de los árabes, quienes, incluso hoy día y como gesto de bienvenida, degüellan un rebaño de ovejas ante las ruedas del Rolls de su huésped. Pero en este punto cesa cualquier parecido.

La fiesta comienza por la tarde, a una hora variable dependiendo de la luz solar. Como, según se anuncia en las plazas de las grandes ciudades, empieza a la hora más tardía posible para que no falte la luz del día. Siempre empieza puntual refutando, afortunadamente, la teoría de que en España todo empieza tarde. Bacon expresaba el deseo de que su muerte viniera de España queriendo decir con ello que esperaba vivir hasta bien tarde. Pero no comprendió que lo único que siempre llega a su hora en España es la Muerte: «eran las cinco en punto de la tarde», dice el estribillo de la mejor elegía de la literatura española.

El público acude a la plaza con tiempo. Sólo algunos turistas extranjeros llegan tarde a la corrida cometiendo el mismo error que Bacon. Se tarda un rato en entrar; las almohadillas para el asiento se alquilan en los pasillos, las vendedoras de flores colocan claveles en las solapas de sus clientes

habituales y las gitanas llaman *marqués* a todos los hombres con los que se cruzan. Los más elegantes, con sus esposas, y los profesionales del ramo ocupan los asientos de *barrera*, y los menos elegantes, que se distinguen por tender a dejar a sus mujeres en casa, ocupan los *tendidos*. Influentes caballeros de rostros enrojecidos se calan sus sombreros de ala ancha y encienden voluminosos cigarros puros. El camión cisterna del municipio entra en el ruedo y riega el albero. Los fotógrafos ambulantes retratan a las personalidades en *barrera*. Los vendedores gritan: «¡Hay cerveza fresca!» y «¡Los tengo de jamón!». Todo el mundo va muy elegantemente vestido excepto los turistas extranjeros que, al no comprender que han venido a presenciar un sacrificio ritual, llevan cámaras colgadas al cuello como insignias que, al fin y a la postre, sólo proclaman su ignorancia. Los trabajadores de la plaza, apoderados, periodistas y policías circulan por el *callejón*, llamado así el pasillo entre los asientos delanteros y la *barrera*.

De repente suena el clarín, la puerta de cuadrillas se abre y se inicia el paseíllo encabezados por la pareja de *alguaciles* a caballo vestidos a usanza del siglo XVII. La orquesta comienza a tocar, una banda de viento y tambor que, por contraste, hace parecer el movimiento de los participantes mucho más suave. Tras los alguaciles avanzan las tres cuadrillas encabezadas por los campeones que matarán, si Dios lo quiere, dos toros cada uno de estocadas dadas de frente y por derecho. Los diestros saludan al Presidente levantando sus monteras. Luego se quitan el capa de paseo que sólo llevan durante el paseíllo. La formación se deshace. Desde el palco de la Presidencia le arrojan a los *alguacilillos*, como comúnmente se les llama, la llave de los chiqueros. Cruzan a caballo el ruedo

y entregan la llave al torilero para permitir la salida del primer toro de la tarde. El Presidente es algún personaje local cuyo papel es representar los deseos del público<sup>2</sup>.

Se cuidan los detalles técnicos como en un combate de boxeo o en una ejecución. Los toreros frotan sus zapatos en el albero, sus ayudantes extienden los capotes. Los picadores se retiran del ruedo aguijando torpemente a sus pencos. Los fotógrafos de la prensa tomarán numerosas instantáneas de los orgullosos ocupantes del palco presidencial, que aparecerán irreconocibles al día siguiente en los periódicos de la mañana.

El clarín suena por segunda vez, se abren las puertas del *chiquero*. Un hombrecillo bastante gordo —el torilero— golpea con un palo el lado interior de la puerta abierta y se esconde precipitadamente tras ella. Entra en el ruedo el animal para el sacrificio, negro, bruñido, que trota nerviosamente balanceando la papada, inocente; nunca antes ha estado en una plaza, no ha adquirido experiencia y actuará según le dicte su naturaleza.

Hasta este momento todos los detalles han sido rituales; esta personalidad individual es la primera que aparece, y sólo habrá otra, el torero. Son personalidades individuales en el sentido de que sus cualidades como individuos determinarán el éxito de cada una de las seis actuaciones del rito, determinarán si el éxtasis, que es el objetivo que se busca, se consigue o no, pero sólo hasta ese punto. Ellos no pueden cambiar

---

<sup>2</sup> Nota del Editor: Las imprecisiones de este párrafo —sobre la identidad social de Presidente, sobre la forma de saludar los toreros, etc.— manifiestan, con toda claridad, que es un texto escrito no mucho después de haber tenido los primeros contactos con la Tauromaquia.

el curso del ritual, ni siquiera muriendo, ya que a diferencia de un deportista que se retira del juego por respeto cuando le ocurre alguna desgracia a su compañero, otro torero tiene que



Fig. n.º II.2.— Gustavo Doré: *Torera* (A. Lafront et M. Darriaumerlou: *La Tauromachie de Gustave Doré*, Nîmes, Union de Bibliophiles Taurins de France —en adelante UBTF—, 1984, planche 33). No todas las toreras han sido objeto de burla aunque sí rechazadas por sus colegas masculinos que ven, en su incorporación a la fiesta, algo inquietante para la seriedad y gravedad del espectáculo. En la imagen Teresa Bolsi, una torera andaluza del siglo XIX

reemplazar a su camarada caído. Una vez Belmonte tuvo que matar los seis toros, después de que el primero mandara a la enfermería a sus dos compañeros. No son competidores y este no es un juego del cual uno se pueda retirar a la vida real, es la esencia de la realidad de la vida, la sangre en la arena es real, no existen bastidores, esas horas en el ruedo son la quintaesencia de la vida real.

Igual que el fracaso del torero no cambia nada tampoco el éxito del toro puede cambiar nada; profanará el ritual pero no sobrevivirá: el carnicero que ya ha comprado su carne lo matará. El pápel del toro es morir y la medida de su éxito individual la marcará la nobleza con que lo haga; debe demostrar que es digno del sacrificio, mostrar que posee la magia del símbolo que, en realidad, es. Por lo tanto, cualquier acto que humille al toro destruye la eficacia del rito, le priva justamente de la cualidad que lo hace digno para el sacrificio. De hecho, esas payasadas a las que son tan aficionados los toreros americanos (el *teléfono*, morder la punta del cuerno, darle patadas al toro o tirarle de las orejas) no pueden, por menos, que asquear a un público serio y sólo gusta a aquellos que van a los toros como si fueran al circo, a una *charlotada*, a ver una torera, en fin, a cualquier novedad cómica y pintoresca pero no a la fiesta brava (Fig. n.º II.2). Confieso que cuando veo este comportamiento tan ofensivo deseo fervientemente que el tipo se lleve la cornada que merece. En esos momentos yo también grito: «¡Embiste, toro!».

Pero volviendo a mi descripción, la personalidad individual que ha entrado en el ruedo vacío se lanza a un galope corto al ver un capote rojo y amarillo moviéndose sobre la barrera, resulta sorprendente la velocidad a la que se mueven sus patas. Salta en el aire en su intento de enganchar el capote: una maravilla de agilidad en una bestia que pesa media tonelada. Un hombrecillo bastante gordo con las piernas torcidas y unos pantalones rosas muy estrechos, el peón, sale corriendo de un burladero con tanta agilidad como el toro y arrastra su capote delante del animal, lo chasquea bajo su hocico, regatea y se refugia de nuevo tras el burladero. Los técnicos han eva-



luado las características técnicas del toro, el público ha sido testigo de su bravura y su peligro, la lidia ha comenzado.

El mayor de los tres toreros avanza por el ruedo tocado con su montera negra, sujeta con los dientes el capote mientras lo agarra bien por los lados y cita al toro. Mientras, los *monosabios*, vestidos con camisas rojas, conducen a los picadores por el ruedo y se ayudan con unas varas con las que intentan impedir que los caballos retrocedan ante el toro.

El toro es magnífico, prendidas en el lomo lleva unas escarapelas con los colores de su ganadería. El torero es, también, magnífico en seda y oro. El caballo del picador es feísimo y el picador es aún más feo a pesar de sus oropeles. Lleva un sombrero de ala ancha y copa redonda que hace que sus mandíbulas se vean enormes y el cráneo diminuto. Sabe que su trabajo es ser abucheado por la multitud, como el Judas en una representación de la Pasión y, ante esta expectativa, su expresión es torva y desafiante, «resuelto a demostrar su villanía como Ricardo el Jorobado». Haga lo que haga sólo un cinco por ciento del público aplaudirá y no lo harán porque les guste sino para demostrar que son unos «entendidos»; pero como ningún español admitirá jamás que otro sea «entendido de toros», cada persona que aplaude al picador provoca automáticamente el abucheo de todos los que le rodean. El torero remata una serie de pases colocando al toro delante del picador.

Después del alegre juego del capote en el que el hombre coquetea con la bestia, engañándola, forzándola a bailar con él y convirtiendo toda su furia en gracia, el trabajo del picador es otro asunto, se trata de testar la fortaleza del toro, técnicamente sirve para dañar los músculos de la base del cuello, lo

que obliga al animal a humillar la cabeza. Un buen toro se arranca contra el picador directamente y no cesa en su empuje a pesar de la pica, sin detenerse a cornear para quitarse la vara, o para apartar el caballo, o para herir las piernas del jinete. Algunas veces tiene la satisfacción de derribar al caballo y lanzar al picador al suelo, satisfacción compartida por el público, que está de su lado en este lance. Pero si el toro no embiste o se retira en el momento en que le hieren y no vierte sangre demuestra que no vale, todos comprenden que no será bueno. Hasta que no le pican el toro puede ser retirado y reemplazado, pero una vez que acepta el desafío, aunque sea brevemente, tendrá que ser lidiado y sacrificado.

El toro embiste contra el jinete, por lo común, unas tres veces, el picador se ensaña con la pica y el público lo abuchea. La imagen del bruto bien protegido hiriendo al bello animal no puede dejar de provocar simpatías hacia el toro. Entre cada embestida, al caballo, uno de los toreros se acercará y le dará algunos pases con su capote antes de devolverlo a la vara del picador. A un nuevo toque de clarín ya no se le picará más.

Ahora, es el tercio de banderillas. Se trata de unos dardos adornados con papeles de colores que uno de la cuadrilla, a veces el propio torero, clava en la cruz del toro. El banderillero cruza corriendo por la cara del toro, salta con los pies juntos y, pasando los brazos sobre los cuernos, clava el par en la cruz; allí quedan prendidas hiriendo e irritando al animal, azuzándolo a una furia ciega y tenaz que le impulsará a embestir los trapos hasta la estocada final.

El clarín suena una vez más y el ruedo se vacía. El torero cambia el capote por la *muleta*, un trapo rojo sujeto a un

palo, y por la espada, que le pasan desde el otro lado de la barrera. Sujetando ambos artefactos sobre el brazo izquierdo se acerca a la Presidencia y brinda el toro. Antiguamente se utilizaba un lenguaje florido, incluso el verso, pero hoy día saluda con la montera y una frase de cortesía. También puede, si así lo desea, brindárselo a un amigo presente o a todo el público, este último gesto implica que piensa superarse a sí mismo al matar el toro. En este caso, avanza hasta el centro del ruedo y, con los pies juntos, describe un círculo con la montera levantada y la deja en el albero como prueba de su voluntad de triunfar. Ahora que está sin sombrero, muestra por primera vez la insignia de su oficio, la *coleta*<sup>3</sup>.

¡Cuántas veces, por el mundo, encontramos que en el cabello de un hombre reside algún tipo de poder individual, así el pelo alimentaba la fuerza de Sansón o sostiene el *maná* de los reyes melanesios! ¡Cuántas veces se usa como símbolo de los deseos de llegar a ser una personalidad individual, señor de su destino! Estas son las aspiraciones que revelan los largos cabellos del bohemio tradicional y también se relacionan con el origen de la coleta del torero. En la época en que surge la figura del torero profesional, lidiando a pie, se le representa con el pelo largo recogido en una redecilla; estilo característico de los presumidos valentones de los bajos fondos, los majos de Goya, con los cuales se asociaba el mundo de la lidia. La coleta del torero dejó de peinarse con redecilla a principios del siglo XIX, reemplazándose por un moño de tamaño

---

<sup>3</sup> Nota del Editor: Desde que Juan Belmonte, un famoso matador sevillano, se cortara la coleta sin haber abandonado la profesión, los toreros han sustituido este apéndice piloso por una castañeta artificial que suspenden del pelo en lugar de la coleta.

considerable, con el tiempo éste disminuyó hasta quedar convertido en una pequeña trenza. «Cortarse la coleta» significa renunciar a la ambición de matador y abandonar los ruedos; siguiendo la lógica por la que Sansón perdió su independencia, se afeitan las cabezas de los frailes y los reclutas de ejército. La expresión se sigue utilizando, a pesar de que hoy día los toreros se cortan el pelo como todo el mundo y se colocan el moño postizo sólo para la tarde de corrida.

Ya hemos llegado al último acto del drama, el toro ha sido enjuiciado y adornado, ahora llega la muerte. El toro y el torero están solos en el ruedo. El rojo afresado y oro del capote ha sido sustituido por un trapo escarlata. El toro está cansado y herido, acorta las distancias desde las que se arranca, algunas veces sólo dos o tres pasos. Ahora el hombre es su amo, le ordena parar o, con un movimiento de la muleta, embestir, haciéndole pasar tan cerca de su cuerpo que la sangre del lomo empapa los bordados de oro. El salvaje monstruo, controlado por la habilidad y la valentía de un hombre frágil; las fuerzas de la oscuridad dominadas por el valor del hombre. ¡Mira cómo se arrodilla para provocar la embestida! ¡Cómo se yergue de espaldas a la barrera! ¡Cómo esconde la muleta tras sus piernas, mientras el animal espera quieto, con la mirada fija, la señal para embestir!

El hombre se vuelve hacia los tendidos mientras el animal pasa a su lado. Su valentía lo ha hecho invulnerable, alcanza el rango de héroe; ahora es digno de consumir el sacrificio, la consagración en el momento de la verdad, el momento de peligro supremo cuando se lanza sobre los cuernos para clavarle la espada entre los omoplatos hasta alcanzar el corazón. Las patas de la gran bestia se doblan y la

inmensa mole, coronada por la cruz de la empuñadura del estoque, trastabillea y rueda por tierra sobre el lomo convertida en una masa de carne herida y palpitante.



Fig. n.º II.3.— Gustave Doré: *El triunfo del espada* (A. Lafront et M. Darrieumerlou: *La Tauromachie...*, *op. cit.*, planche 22). Esta estampa supo captar muy bien el triunfo del matador en su momento glorificado. Pitt-Rivers destaca que «mientras la multitud transportada... se desprende de sus objetos personales y los arrojan a los pies del campeón que, para ellos, ha redimido el principio sagrado del orgullo viril, en adelante, les permite compartir en su persona la naturaleza del animal».

La multitud que, tensa de miedo y emoción, ha presenciado la sombría belleza del rito primitivo, ruge con el triunfo, y florece, como un campo de algodón, agitando pañuelos blancos para indicar al presidente que debe otorgar los máximos honores. Se cortan las orejas del cadáver yacente; a veces, también el rabo. Se atan los cuernos con

una soga y las mulas arrastran los restos mortales alrededor del ruedo, los espectadores se levantan en señal de respeto y aplauden la partida del noble toro. Pero el espíritu del toro permanece, su coraje y virilidad revisten al héroe, que en el último acto de síntesis letal se apoderó de su magia y, ahora, da la vuelta al ruedo sosteniendo sus trofeos, ofreciéndolos, arrojándolos uno a uno a los tendidos, esparciendo por toda la plaza la sagrada esencia que simbolizan. Mientras, la multitud transportada por el homenaje se desprende de sus objetos personales y los arroja a los pies del campeón. El héroe ha redimido el principio sagrado del orgullo viril. Por ellos, por cada uno de los espectadores, el matador se ha convertido en toro y les permite compartir, en su persona, la naturaleza del animal (Fig. n.º II.3).

La apariencia de una institución es una cosa y su significado otra. ¿Qué es lo que lleva al público de la plaza a pagar tan altos precios? Los asientos más baratos cuestan el salario de un día, los más caros cinco veces más. Se aduce que muchos van a la plaza esos días como algunos van a la iglesia, porque es lo que hay que hacer, como otros van a la ópera, sin importarles la música, pero deseando ser vistos allí por sus conocidos.

En el norte los asientos más caros tienden a ocuparse con una mezcla de turistas extranjeros que han ido a ver el espectáculo y los elegantes del lugar que han ido a dejarse ver. Pero, ¿quiénes ocupan los otros asientos? ¿Y qué decir del sur dónde todo el mundo entiende muchísimo de toros? ¿Quién llena las plazas de Jerez, El Puerto, Osuna, Écija? Gente modesta que prefiere ir una vez a los toros que cincuenta veces al cine. Como el anciano junto al cual me senté

en la plaza de Ronda el día que toreaban los Ordóñez, los hijos del Niño de la Palma, el gran rodeño: Cayetano que estaba más o menos retirado, Antonio que terminaba su pri-



Fig. n.º II.4.— Gustave Doré: *La llegada de los picadores* (A. Lafront et M. Darrieumerlou: *La Tauromachie...*, *op. cit.*, planche 15). A las corridas de toros han acudido, tradicionalmente, ricos y pobres, jóvenes y viejos, mujeres y niños como queda atestiguado en este romántico grabado de la llegada de los picadores a la plaza (¿de Valencia, quizá?). En primer plano y a derecha e izquierda mujeres con hijos de la mano siguen a los picadores camino de la plaza de toros.

mera temporada (nunca olvidaré aquellas verónicas largas y barrocas, que parecían durar toda la tarde) y una novilla para el joven Pepito de quince años. El anciano los había conocido a todos de niños, y si ya durante el paseíllo había empezado a llorar de emoción, al final cuando terminó la corrida, no era capaz ni de encontrar la salida (Fig. n.º II.4).

¿Quién se convierte en torero y arriesga su vida en semejante trabajo? La lista de bajas es larga: *Joselito, Manolete...* Según dice el hombre práctico siempre con una simple explicación económica a punto: «Muchachos de padres pobres y grandes ambiciones cuya única esperanza de hacer fortuna es arriesgando el pellejo». Pero, ¿para qué quieren ganar una fortuna? Casi siempre se la gastan tan pronto como la ganan, y para uno que no lo hizo, lean las memorias de Belmonte y verán qué le ocurrió. ¿Y, qué hay del *espontáneo*, que arriesga su vida por una multa, en vez de cobrar un sueldo si fuera al tajo? (Ver *supra* Fig. n.º I.5).

Era la feria de El Puerto de Sta. María. El alcalde tenía que ir a Cádiz al día siguiente por unos asuntos. El alcalde, el secretario del Ayuntamiento, el veterinario y don José iban a alquilar un taxi para ir a la corrida y, sin duda, otros se unirían a la expedición si se enterasen. Me los encontré allí, en el patio de una de esas grandes casas a las que sólo se ha añadido cal en los últimos doscientos años. Era la casa de un antiguo juez de Grazalema que había ascendido a un mejor puesto en el llano. Iban de punta en blanco. Don José con su sombrero de ala ancha, el alcalde con uno de estilo sudamericano. Parecía que le habían quitado, a cada uno de ellos, veinte años de encima. Al bajar de la sierra, inseguros, patosos pero, a la vez, educados, reían juntos como escolares haciendo novillos.

Don José rodeó con su brazo los hombros del alcalde y explicó al juez:

– «Éste es un sinvergüenza, deberías encerrarlo en la cárcel. Su mujer cree que está en la capital por un asunto del Gobierno, y aquí lo tenemos, dispuesto a ir a los toros».



—«Estoy en un asunto del Gobierno», insistió el alcalde con una sonrisa.

—«Todos estamos aquí por un asunto del Gobierno». Confirmó don José».

—«Por un asunto del Gobierno muy importante... ¡Toros!». Corearon los unos y los otros.

Y así seguían entre carcajadas.

Fue una corrida malísima. Los primeros tres toros salieron pésimos, o los hicieron parecer peores unos toreros que habían decidido, ya fuera por el público, el tiempo o sus proyectos para el resto de la semana, que aquel no era un día para arriesgar la vida.

El torero más veterano era un hombrecillo famoso por la gracia de su capote y por la inestabilidad de su coraje desde que recibiera una tremenda cornada en la cara. Lo único reseñable en su primer toro fue la rapidez con que lo despachó. Apenas habían salido los picadores, cuando las banderillas estaban puestas y, justo cuando empezábamos a preguntarnos si haría algo con la muleta, ya estaba el toro dando bandazos con media estocada que había recibido<sup>4</sup>.

Los otros toreros pusieron un poco más empeño, pero fue incluso peor ya que tardaron una eternidad en matar; las tentativas se sucedieron una tras otra, clavando el estoque de lado, caído, a causa de no acercarse lo debido al animal. Era un espectáculo bastante desagradable y la multitud les

---

<sup>4</sup> Nota de la Traducción: Pitt-Rivers literalmente escribe del estoque que estaba «clavado no hasta el puño, sólo unas dieciocho pulgadas, lo justo». He interpretado media estocada de las que sirven puesto que el toro, dando bandazos, acusaba la muerte.

gritaba epítetos tales como: «¡Animal!, ¡Sinvergüenza!, ¡Carnicero!, ¡Asesino!, ¡Hijo de puta!». Y hombres con los rostros enrojecidos se ponían en pie en los tendidos para ordenarles con voces profundas como trombones que abandonarían el ruedo, como si fueran el propio Presidente, mientras éste se arrellanaba lánguidamente en su asiento y miraba el reloj de vez en cuando.

El cuarto toro era más bien pequeño con un cuerno ligeramente torcido, lo que provocó los abucheos del público; pero el toro parecía decidido a demostrar que, a pesar de sus defectos físicos era todo un carácter. Embestía a la primera, iba derecho al capote, rápida y eficazmente, y no dejaba de mirarlo hasta que se completaba el pase. Con este toro el diestro más veterano realizó un par de verónicas impecables, talones juntos, cabeza inclinada, y en los *quites* subsiguientes los otros dos toreros actuaron con la gracia y agilidad con la que los niños hacen pases delante de un coche; parecían convencidos de que el toro perdería su licencia si los cogía. Los picadores le clavaron las varas sin piedad y cuando se arrancó contra el primer banderillero se vio que iba cojo, por lo tanto el torero lo despachó incluso más rápidamente que al primero. El público se sintió estafado y mostró su decepción.

El quinto toro era muy grande y le aplaudieron al salir sólo por su tamaño. Inmediatamente fue evidente que si no habían hecho nada con los toros anteriores tampoco iban a hacer nada con éste. Corrió alrededor del ruedo con un trote asustado y confuso, golpeando aquí y allá al pasar, pero sin pararse delante de los diestros ni atender los gritos de llamada. Durante una de sus peregrinaciones por el ruedo perse-

guido por el torero, una delgada figura se levantó de los tendidos bajo nosotros, saltó al ruedo desde la barrera y sacó de debajo de su chaqueta un trapo rojo. Iba descalzo y desharripado, y tan pálido como un niño de Picasso. Corrió veloz-



Fig. n.º II.5.— *Dominguillos* (Apud A. Fernández Tresguerres: *Los dioses olvidados. Caza, toros y filosofía de la religión*, Oviedo, Pentalfa Ediciones, 1993 pág. 111). Este grabado de época napoleónica reproduce las fiestas populares que se celebraban en aquella época en Arcos de la Frontera (Cádiz) con el concurso, entre otras invenciones, que los *dominguillos* que vemos en la estampa colgar de una cuerda que atraviesa la calle. Aún es costumbre saçarle al toro de la Aleluya algún que otro *dominguillo*.

mente para escapar del policía que salió a interceptarlo y cuando alcanzó el centro del ruedo, se paró y citó al toro. El policía, indudablemente siguiendo órdenes, se retiró al callejón. La multitud vitoreó para mostrar su aburrimiento con los

profesionales. Por una vez, el toro prestó atención a la llamada, se volvió en redondo, y embistió desde unas treinta yardas de distancia. El muchacho se arrodilló inmediatamente sosteniendo su trapo rojo a un lado. El toro no prestó la más mínima atención al miserable trapo, corrió sin apartar la mirada de la figura arrodillada y, cuando la alcanzó, la golpeó lanzándola al aire como una pelota de golf. El muchacho cayó como el muñeco que hacen en Grazalema para la becerrada<sup>5</sup> (Fig. n.º II.5). El toro volvió a trotar alrededor del ruedo, reparó en el caballo del picador y lo tumbó de una embestida, el picador aterrizó sobre la vara y la partió.

Mientras tanto, el policía y uno de los peones retiraron al muchacho, levantándolo por los hombros y las piernas. Estaba tan pálido e iba tan desharrapado al principio que no se le notaba mucha diferencia, excepto que ahora no se movía. El torero avanzó, cautelosamente, hasta el centro, como diciendo: «Lo ven, no es tan fácil como parece. Nosotros sabemos cuándo se pueden hacer y cuándo no». El espontáneo había demostrado que con ese toro no se podía.

Me sentí enfermo cuando el chico se arrodilló y seguí sintiéndome enfermo hasta que le vi en el callejón con el policía que se lo llevaba arrestado. Podía andar bien y tenía la misma expresión concentrada en su pálida cara, como si no hubiera nadie presente. Después de esto simplemente me sentí agotado.

Al muchacho se lo llevaban a la cárcel ya que los *espontáneos* nunca pueden pagar la multa alternativa a los

<sup>5</sup> Nota del Editor: Esta *becerrada*, que yo sepa, no se celebra actualmente y carezco de documentación sobre su pasado. Sin embargo, por la descripción del muñeco que hace el Prof. Pitt-Rivers, me parece que se está refiriendo a una suerte analoga a los *dominguillos* que se le echan al toro tal como se hace, a veces, en Arcos de la Frontera (Cádiz) por la fiesta del Resucitado.

catorce días de prisión que se les impone por tal ofensa, aunque me dijeron que normalmente los soltaban al día siguiente una vez que el doctor los había examinado. Salió andando muy tranquilo y no parecía muy preocupado por su destino.



Fig. n.º II.6.— Vista general de Villaluenga del Rosario (Cádiz) (Fot. de P. Romero de Solís). En este pueblo, vecino de Grazalema, es donde se suele guardar, en un cerrado, el Toro de la Virgen de Grazalema, los días previos a su suelta ensogado.

¿Por qué tendría que preocuparse? Había arriesgado su vida y había salido victorioso contra el gran enemigo, el Miedo.

Ya he contado cómo me convencieron para que llevara en coche al *Solitario* y sus amigos a la corrida de Villaluenga del Rosario. Yo era una víctima feliz pero, para rematar el

asunto, aparecieron con el hombre que iba a torear en aquella ocasión, un joven de apariencia frágil que sonreía con frecuencia mostrando un diente de oro de tamaño monstruoso, el doble que el resto de la dentadura tanto que me pregunté cómo podría comer con él.

Era muy simpático y me contó, temblando de alegría, que era el mejor novillero de toda la provincia de Cádiz. Como todos los andaluces, este tipo tan encantador no se pavoneaba para darse importancia sino para que yo compartiera su fama y valorara su compañía; se vanagloriaba junto conmigo, no contra mí. Por lo tanto me sentí muy contento de pensar que era tan buen torero y descubrir que había logrado, en menos de diez minutos, la amistad del mejor novillero de la provincia de Cádiz. Al decirme cuánto le gustaría que lo viera torear, me sentí realmente emocionado y estuve totalmente de acuerdo con él en que sería una total equivocación volver a Inglaterra sin hacerlo. Me dijo que si iba a Villaluenga con *El Solitario* y los demás me brindaría el toro. Me ruboricé de placer ante tal honor y le aseguré que estaba decidido, estaría allí, pasara lo que pasara. «Si Dios quiere, —dijo— y no olvides traer tu cámara, me encantaría tener algunas fotografías más para mandarlas a los periódicos».

El pueblo de Villaluenga del Rosario está situado en una ladera mirando a un estrecho paso entre las sierras (Fig. n.º II.6). Sus habitantes son cabreros principalmente y es demasiado pequeño y pobre para tener una plaza de toros, pero la Providencia ha sido generosa y a las afueras del pueblo hay un prado oval y llano entre las peñas, que han convertido en plaza. Allí era donde un ganadero local, cuyos toros no podrían clasificarse ni como bravos ni como mansos, dejaba que los aficio-

nados al arte tentaran algunos de sus novillos y había ofrecido magnánimamente un toro joven para ser sacrificado a mayor gloria del santo patrón de Villaluenga, lo que quiere decir que había un *toro de muerte* para que mi amigo lo sacrificara.

Para cuando llegamos la mitad de la población ya estaba sentada en las rocas de granito, y los rojos chillones de los chalecos y las faldas de las muchachas le daban a la escena un aire alegre y festivo. Los erales no resultaron bravos, y cuando se les citaba, en vez de embestir, huían y sólo se enfrentaban a sus contrincantes cuando se veían rodeados por tal número que no podían escapar. Mientras tanto, el toro de muerte anunciaba su presencia, intentando salir de su toril de piedra y todas las muchachas que estaban sentadas cerca se recogían sus bonitas faldas lanzado musicales gritos de miedo, ofreciendo la oportunidad a los valientes jóvenes de cogerlas por la cintura para ponerlas a salvo. En la mayoría de los casos no tenía yo muy claro si gritaban por miedo del toro o de los jóvenes, o estaban animando tanto a uno como a los otros, o simplemente intentaban atraer la atención sobre sus torneadas pantorrillas y redondas rodillas. Pero ésta fue toda la excitación que ofreció la tarde.

A su debido tiempo los novillos fueron soltados y la víctima ritual fue conducida al ruedo. Daba la impresión de que sus intentos por salir del toril no iban encaminados a embestir al torero sino a llegar a su casa lo antes posible. Después de perseguir al toro por todo el ruedo, como si fuera a atrapar una gallina arrojándole el capote encima, mi amigo el novillero se me acercó para preguntarme si tenía la cámara preparada y para brindármelo. En un instante consiguió atraerlo hasta mi sitio, donde lo estoqueó. Cuando regresábamos a mi pueblo de

ver la fiesta, me resbalé en el sendero pedregoso, mi cámara golpeó contra el suelo y se abrió velando todo el carrete.

Aunque la corrida había sido miserable, incluso dentro de sus modestas pretensiones, yo estaba satisfecho. Siempre estaba encantado con cualquiera que me llevara consigo a hacer lo que quisiera hacer; y, lo que es más, era gracias a mi coche que podían hacerlo. Pero la corrida había resultado tal fiasco que ahora se sentían culpables. En primer lugar, no habían ido porque pensaran que la corrida valiera la pena, sino porque tenían amigos allí con los cuales querían chismorrear y la corrida era una buena excusa. Como era bien sabido que yo estaba feliz de sentarme a escuchar la charla, y no me preocupaba la hora que era ni si llegaba tarde, como es costumbre entre los anglosajones, se daba por hecho que pasaríamos el resto del día todos juntos. Sin embargo, los que no habían venido me habían advertido de que no habría mucho que ver, incluso insinuaron que se aprovechaban de mí. Sin embargo, el *Solitario*, muy atento, insistía en invitarme a una copa de jerez tras otra.

Tales atenciones hicieron que me sintiera mejor con lo de las fotografías, aunque nunca he llegado a olvidar el asunto. Un amigo me había honrado con el brindis de un toro con el compromiso de que tomaría las fotografías, no podía soportar confesar que no las tenía. Tampoco podía pagar la pitillera de oro que, según me habían dicho en Sevilla, era el regalo convencional del benefactor al torero que le brinda un toro, ni estaba seguro de que esos patrones eran los aplicables a Villaluenga. El torero me mandó mensajes en varias ocasiones, preguntando si las fotografías eran buenas, además de recordarme que esperaba las copias, pero como las fotografías no existían no contesté, no sabía qué hacer, así que no hice nada.





Fig. n.º II.7.– Toro del Agua. Denia (Alicante). Fiestas de la Santísima Sangre (C. García Rodero: *España. Fiestas y Ritos*, Madrid, Lunwerg, 1993, Lám. 149). En Denia –recuerda Julian Pitt-Rivers– levantan el cerrado sobre el muelle dejando un lado abierto al agua, y los valientes del lugar, en traje de baño, citan al toro y cuando éste embiste se tiran al agua.

Pero sé que el día que llegue al Infierno seré saludado con el siguiente comentario: «Aquí está el tipo al que un amigo brindó un toro en Villaluenga, y ¿qué hizo para demostrarle su gratitud? ¡Nada en absoluto!... ¡Al fuego eterno! Es más fácil librarse del remordimiento por haber obrado mal que de la vergüenza por quedar como un tonto desagradecido».

La corrida en Villaluenga tenía más pretensiones de imitar la *fiesta nacional* que el toro de cuerda de Grazalema pero ambas tenían relación con ella: como si fueran unos primos de pueblo que han aprendido un poco de refinamiento, o la variedad silvestre de una flor que el talento del jardinero ha convertido en un ejemplar magnífico, la primera sólo posee un pequeño y resistente capullo pero sus raíces, como las del olivo silvestre, son mucho más profundas que la del árbol cultivado. Asimismo, como la variedad silvestre, son más antiguas y en contraste con la lidia formal, más libres.

Sin embargo, no se celebran por toda España y es interesante señalar las zonas donde existen o han existido fiestas de toros populares, ya que se corresponden más o menos con las zonas que producen toreros para las plazas nacionales.

En las grandes ciudades de la Baja Andalucía este tipo de fiestas de toros ha desaparecido virtualmente debido a la importancia concedida al toreo serio y a la frecuencia con que se celebra. Además es una zona de ganaderías bravas y se organizan numerosas pruebas en las fincas (*tentaderos*) a las que se invitan a los aficionados. El toreo profesional forma un mundo aparte, parecido al mundo de las carreras de caballos en Inglaterra, y su importancia en las llanuras de Andalucía ha sofocado las sencillas fiestas rurales.

Debemos, por lo tanto, mirar hacia zonas más apartadas, como las sierras, para encontrar el florecimiento de las variedades más primitivas de juego con el toro. Muchos pueblos de Castilla, la Mancha y Extremadura celebran corridas populares (incluso me hablaron de una que se celebraba en el patio del castillo de Oropesa convertido en un Parador Nacional). Se levantan tantas empalizadas como sean necesarias para formar una plaza o para cerrar ciertas calles. A la hora señalada sueltan al toro en el cerrado y el resto corre a cuenta de los habitantes del pueblo. Cuando oscurece se llevan al animal.

Hay una variante muy decorativa de estas fiestas en la costa oriental en la provincia de Alicante. En Denia, por ejemplo, levantan el cerrado sobre el muelle dejando un lado abierto al agua, y los valientes del lugar, en traje de baño, citan al toro y cuando embiste se tiran al agua, en un intento de engañar al engañado para que caiga también con ellos (Fig. n.º II.7).

Una vez presencié una fiesta de toros en la playa en un pueblo al sur de Denia. Habían levantado la empalizada entre una fila de casas encaladas y el mar, las bellezas locales se sentaban en los balcones con vistas al «ruedo». Se soltaron en este coro tan peculiar unas cuantas vacas de temperamento salvaje y, además de los jóvenes que corrían delante de las vacas haciendo ostentación de su valor, había un gracioso que toreaba con la ayuda de un bidón de alquitrán vacío y un paraguas. Pinchaba a las vacas con el paraguas y cuando se volvían hacia él lo abría para cubrir su retirada dentro del bidón. Una vez dentro colocaba el paraguas abierto a modo de tapadera y desaparecía. Las vacas olisqueaban el bidón con recelo, pero tan pronto como se retiraban, él salía y volvía a pincharlas. Al final una de las

bestias especialmente astuta embistió contra el bidón, lo volcó y lo mandó rodando con paraguas y todo hasta el mar. Pero no paró ahí, habiendo decidido claramente que ahogarse era preferible a sufrir indignidad de ser engañada, una vez en el agua empezó a nadar mar adentro. En poco tiempo no se distinguía más que los dos cuernos sobre la superficie azul del mar. Pero los mozos del pueblo, comprendiendo que tendrían que pagar por ella si se ahogaba, lanzaron un par de botes y remaron frenéticamente hasta rescatarla.

La costa del norte de Alicante es menos adicta a la tauromaquia y en Cataluña despierta poco entusiasmo popular. Por otra parte hay cierto tipo de fiestas de toros populares en Aragón y Navarra de las cuales la más conocida es el encierro de toros, por las calles de Pamplona, durante las fiestas de San Fermín. Pero en el norte y el noroeste de España se crían vacas lecheras, no toros bravos, y parece ser que los dos no casan bien juntos.

No es sorprendente que los orígenes de los toreros se limiten, casi por completo, a ciertas zonas. La gran mayoría proviene de una de las tres ciudades que han dado su nombre a las escuelas de toreo: Córdoba, Sevilla y Ronda, de otras ciudades de la Baja Andalucía, o de Madrid. Ciertamente todos los toreros gitanos son andaluces.

Pero no creo que haya surgido nunca un torero famoso en Cataluña o en las regiones occidentales de España. Dilucidar si esto es atribuible a la sangre, a la tradición familiar (ya que es un oficio que pasa con frecuencia de padres a hijos), a las tradiciones locales, o a las posibilidades materiales que se le ofrecen a los habitantes de una región determi-

nada sobre las demás, es algo que va más allá de la capacidad del antropólogo.

La primera teoría era sostenida firmemente por Mr. Benashem, dueño de una tienda en la calle principal de Gibraltar: Por aquel entonces se hablaba mucho de un joven inglés enamorado del toreo hasta tal punto que había decidido hacerse profesional y había actuado unas pocas veces en tentaderos de la zona. Mi amigo Roland Winn se contaba entre los que veían con buenos ojos a un compatriota como exponente de este arte y un día discutía la posibilidad con Mr Benashem.

—«No tiene futuro, te lo digo yo, no triunfará —replicaba éste— Irán a verlo mientras sea una novedad. ¿Quién ha visto a un inglés lidiando un toro? Pero después, nada. Tienes que llevarlo en la sangre, te lo digo yo. Para los españoles está bien, pero para nosotros, de sangre sajona ¡No!».

Y quizá Mr. Benashem tenía razón, no creo que ningún extranjero haya dominado nunca este arte, aunque ha habido hombres, tan valientes y ágiles como cualquier español, que lo han intentado. Creo que, ya sea por la sangre o por la educación, es necesario ser un tipo de hombre muy especial y tener una particular actitud ante la vida para lidiar un toro o, incluso, para bailar y cantar flamenco o hacer cualquiera de las cosas que son verdaderamente andaluzas, y que tales hombres no nacen fuera de España, ya sea en Europa o en África.

¿En qué consiste entonces el toreo? No es un deporte, ya que no hay competición ni meta. Apenas es un entretenimiento, ya que nunca expresa nada nuevo. De hecho, es tan

poco original como el amor, la maternidad o la misa. Tampoco es exactamente un drama o un ballet, porque no implica una sustitución de la realidad. No es un rito religioso porque no está en relación —que sepamos— con ninguna Divinidad. Además, aunque se puede decir que su efectividad depende de la *gracia* del oficiante, esta gracia no se otorga mediante una consagración sino que depende, en cada ocasión, del genio personal del individuo: oficiante no es lo mismo que campeón. A diferencia del amor, necesita un público; a diferencia de la maternidad, termina con una vida no la inicia; a diferencia de la misa, no escenifica un suceso previo sino que es lo que representa, un momento fuera del tiempo, elevado sobre lo cotidiano. Un sacrificio de fertilidad laico, una reivindicación ritual de la virilidad, un arte por sí mismo.

García Lorca en su famosa elegía a Ignacio Sánchez Mejías insufla vida a esta cualidad de celebración arquetípica. El poema es tan poco original como el propio toreo, las imágenes son convencionales: sangre, arena, toros, flores (especialmente lirios), cuya continua repetición le confiere la fuerza de una liturgia. Los pasajes descriptivos sólo contienen observaciones literales, los sentimientos expresados no sorprenden en ningún momento. El final es tan predecible como los acordes finales en una sinfonía de Beethoven: un panegírico del tipo: «has muerto para siempre, pero yo canto tu gloria». De hecho, todo el poema contiene la violencia y la obviedad de una pesadilla, sin embargo, no es la pesadilla de un individuo sino la de todos los aficionados a los toros de España. El instante colectivo de terror: las cinco de la tarde, la muerte del héroe, el final del mundo.

A pesar de todo lo dicho, la manera en que se enlazan las imágenes y el ritmo de los versos es soberbio: el toreo de capa de un auténtico maestro. Porque, efectivamente, en todos estos aspectos se asemeja a las grandes baladas y no a la pretendida poesía popular de sus coetáneos ingleses. Lorca no tiene que esforzarse conscientemente en ser *popular* ya que el arte popular de Andalucía es el más sofisticado y vital de Europa.

